

LO QUE DICE LA GENTE

A Juan siempre le costaba entender lo que la gente quería decir. No porque fuera sordo, sino porque muchas veces la gente no dice lo que en realidad quiere decir.

Cuando esto pasaba, su madre siempre se lo explicaba con mucha paciencia y una sonrisa, pero cuando Juan empezara el colegio, su madre no estaría a su lado para ayudarlo.

Juan nunca había ido a la escuela, siempre había estudiado en casa, y no porque fuera tonto, de hecho, era listo, muy listo. Le encantaban las matemáticas y las ciencias. Tenía una colección enorme de todo tipo de insectos y conocía el nombre de cada uno de ellos.

En casa de Juan había muchos libros, y él se los había leído todos, por eso era tan listo. Sin embargo, nunca había encontrado un libro que le explicara mejor que su madre lo que la gente quería decir. Era como si ella pudiera ver en las palabras un significado que para él era invisible.

Cuando era más pequeño solía sentarse en el regazo de su madre, agarrarle la cara con ambas manos y mirarle fijamente a los ojos ¿Qué tenía ella que le permitía ver algo que él no podía? Por más que buscara, Juan nunca encontraba nada en los ojos de su madre que contestara a aquella pregunta. Los ojos de ambos eran azules, idénticos, por lo que Juan acabó creyendo que su madre tenía un superpoder.

La primera vez que lo creyó fue unos años atrás cuando estaban en el parque y unos niños del barrio estaban jugando a las canicas. Juan se acercó, con curiosidad, y, sin querer, dio una patada a un puñado de bolitas, descolocando el juego para el resto de los niños, que soltaron quejas y resoplidos y empezaron a recogerlas.

- Muchas gracias por arruinarnos el juego- dijo uno de los niños.

A Juan su madre le había enseñado que cuando alguien te dice gracias tú tienes que decir...

- De nada- dijo Juan. El niño le miró enfadado.
- ¿Pero a ti qué te pasa? – preguntó. Juan lo pensó por un momento.
- A mí no me pasa nada. – respondió. Y después de un segundo preguntó- ¿y a ti?
- Dejadle - dijo otro chico- Sé quién es. Su madre trabaja con la mía. Es medio tonto. Vámonos.

Cuando se fueron, la madre de Juan se acercó, le cogió de la mano y se alejaron del parque.

- ¿Esos niños estaban enfadados mamá? - preguntó Juan.
- Sí, cariño-
- ¿Pero por qué? –
- Porque les has estropeado el juego sin querer. –
- Pero me han dicho “muchas gracias”-
- Lo que querían decir era que estaban molestos. –

Juan lo pensó por unos instantes.

- ¿Y por qué me dicen gracias entonces? – preguntó confuso.

- A veces la gente no dice lo que en realidad quiere decir-

Desde ese momento Juan supo que había algo en los ojos de su madre que los suyos no tenían. Por eso estaba asustado por empezar la escuela. Sin el superpoder de su madre no podría saber si había algo invisible para él cuando alguien le hablara.

El primer día, Juan se sentó en su pupitre, rodeado de niños que no conocía. Bueno, no a todos. El niño que unos años atrás le había llamado tonto estaba sentado en unas filas más adelante. Su nombre era Diego.

Las primeras clases le gustaron mucho, porque eran sus favoritas, pero la asignatura de Lengua no le gustó tanto. Su madre le explicaba mejor las lecciones en casa.

Cuando estaba concentrado intentando entender lo que la profesora explicaba notó que un papelito le golpeaba la nuca. Detrás de él, en la fila de al lado, una niña rubia le miraba con curiosidad haciendo un gesto con las manos. Juan no supo lo que quería decir, así que se giró de nuevo.

Otro papelito le golpeó unos minutos después y se volvió a girar. La niña le repitió el gesto, esta vez con más insistencia, pero Juan se volvió hacia el frente. No hubo más papelitos.

En la hora del patio los niños se levantaron de las mesas rápidamente y cogieron sus bocadillos de las mochilas. Juan abrió la suya y sacó la tartera que su madre le había preparado con las cosas que a él más le gustaban para merendar. Entonces, la niña rubia se paró delante de su pupitre.

- ¿Por qué no me has prestado la goma de borrar en clase? – preguntó molesta.

Juan la miró confundido.

- No me la has pedido-
- ¡Claro que sí! – exclamó la niña. Entonces repitió el gesto que había hecho con las manos antes. – Te estaba haciendo esto-, dijo mientras hacía el gesto de borrar. -Eso significa que necesito una goma. –

Antes de que Juan pudiese responder se acercaron a su pupitre tres niños, uno de ellos era Diego.

- Que tartera tan bonita- dijo Diego con una sonrisa- ¿Te la ha dado tu hermana? –

Juan bajó la vista hacia su tartera, que era rosa con una mariposa monarca en la tapa, su especie de mariposa favorita.

- No tengo hermana. – dijo.
- ¿Entonces te la ha dado tu madre? – preguntó otra vez Diego.
- Sí. – respondió Juan con una sonrisa.

El grupo de niños se alejó entre carcajadas. Juan abrió su tartera y empezó a comer, ignorando a la niña que seguía a su lado.

- ¿Por qué no les dices nada? – preguntó ella. Juan la miró sin entender.
- Se estaban metiendo contigo. – explicó la niña.

- Pero si sólo hemos hablado de mi tartera. –
- Pero te han preguntado si te la había dado una chica. –
- Es que me la ha dado una chica. –

La niña soltó un suspiro.

- Tu tartera es rosa y tiene una mariposa. La gente cree que eso es de chicas. Y tú eres un chico. Por eso se estaban riendo. – Juan miró de nuevo su tartera y luego a la chica.

Se puso de pie y la miró directamente a los ojos. Como los suyos y los de su madre, los de la chica también eran azules. Pero por mucho que buscó tampoco encontró qué le había permitido ver lo que él no podía en las palabras de los niños, así que supuso que ella también tendría el mismo superpoder que su madre.

- Oye... ¿eres como tonto o algo así? - preguntó la niña. Juan se encogió de hombros.
- No lo sé. – respondió. Se quedaron un rato callados y de pronto la niña extendió la mano en frente de él.
- Me llamo Irene. – dijo. A Juan le habían enseñado que cuando alguien te extiende la mano y dice su nombre tú dices...
- Yo me llamo Juan. – y le estrechó la mano a Irene.

Desde ese día, Juan e Irene se hicieron amigos. Juan ya no tenía miedo de ir a la escuela, porque si Diego le decía algo que él no entendía, Irene se lo explicaba.

A Irene se le daban bien muchas cosas, pero lo que más le gustaba era correr. Le había contado a Juan cómo había ido a atletismo desde que era pequeña y le encantaba. A Irene se le daban muy bien las matemáticas también, pero no quería estudiar nada que tuviera que ver con las ciencias cuando se hiciera mayor.

- ¿Por qué? – le preguntó una vez Juan.
- Porque la gente piensa que las ciencias no son para las chicas. Que eso es para los chicos y nosotras nos tenemos que dedicar a otras cosas como la Lengua. – explicó Irene.

Para Juan, que las matemáticas eran coser y cantar, pero no lograba entender las clases de Lengua, la única explicación para esto era...

- ¿Es porque sois más listas? – preguntó. Irene sonrió a su amigo.
 - Probablemente. –
-

Juan pensaba que Diego también tenía algún tipo de superpoder que le permitía ver qué cosas eran de chicos y que cosas eran de chicas, porque por más que lo intentaba, él no lograba distinguirlo. Le había escuchado más de una vez diciéndole a otros que algo que estaban haciendo era de niñas y, por alguna razón, parecían disgustados por ello.

- Irene. – le dijo un día a su amiga. – ¿Es Diego malo con los otros niños?

Ella le miró sorprendida.

- Sí. – dijo ella.
- ¿Por qué cree que todo lo que es cosa de chicas es malo? – preguntó Juan.

La niña se encogió de hombros.

- No lo sé. Tal vez en su casa no le dejan hacerlo y por eso piensa así. –
- ¿Y por qué te trata tan mal? ¿es porque eres chica? –
- No, eso es porque le gusto – dijo ella – o eso me dice la gente.
- Pero eso no tiene sentido- dijo Juan- A mí también me gustas y no quiero tratarte mal.

Irene le miró con una sonrisa y le dio un beso en la mejilla.

El colegio de Juan organizaba todos los años una carrera benéfica. Irene siempre participaba, y este año estaba decidida a llevar a su amigo con ella. Sin embargo, Juan no estaba tan seguro de querer participar.

No le gustaba correr, nunca sabía qué hacer con los brazos, así que los solía levantar un poco, con sus manos a ambos lados de la cara y los balanceaba mientras corría. Ésta era la posición que encontraba más cómoda, pero intuía que no sería la más correcta porque las pocas veces que había corrido en público la agente se reía de él.

Irene le llevó un día a su pista de atletismo para entrenar juntos. Cuando la chica empezó a correr, Juan se quedó asombrado. Nunca había visto a nadie correr tan rápido, tan bien y sobre todo tan libremente. Sintió mucha tristeza cuando pensó que eso no es lo que la gente vería cuando le vieran a él correr.

- Correr es para divertirse- le había dicho Irene. – Nadie te tiene que decir cómo hacerlo. Corre como tú quieras mañana, Juan.

El día de la carrera Juan se posicionó con el resto de los chicos en la línea de salida. Por el rabillo del ojo vio a Irene y a su madre animándole desde las gradas.

Cuando sonó el pistoletazo empezó a correr como él sabía. En un momento empezó a imaginarse a sí mismo correr como la había hecho Irene el día anterior y se sintió muy veloz y muy libre.

No llegó ni en primer, ni segundo, ni tercer lugar, pero tenía una sonrisa en su cara al cruzar la meta. Entonces vio a Diego riéndose a su lado.

- Juan- dijo entre carcajadas- has corrido como una niña. – le dijo.

La sonrisa de Juan se hizo aun más grande y se lanzó a abrazar Diego. Eso significaba que había corrido justo como él había imaginado. Por primera vez Diego le había hecho un cumplido y por primera vez había entendido lo que quería decir.

ALBA TRUEBA